

## **SOBRE EL COLONIALISMO ECLESIASTICO DE EUZKADI**

Landeia (1964)



El nombramiento todavía reciente, con que, tras largo forcejeo, fué provista la sede episcopal de San Sebastián, fué un hecho de notable significado: la política eclesiástica, después de un paréntesis de largos años consecuencia de la derrota vasca frente a la Cruzada de 1936, reconocía oficialmente la "existencia" del Pueblo Vasco.

Sería, por supuesto, exagerado... y peligroso creer que ello entraña un amplio reconocimiento de la justicia de sus exigencias y la consiguiente decisión de satisfacerlas. En cuanto a lo que supone como constatación de una potencialidad social con la que es preciso contar, no parece que la Jerarquía aprecia más necesidad que la de adaptarse a ella mediante procedimientos más complejos y flexibles que los hasta ahora empleados.

En lo fundamental, el sistema eclesiástico colonial en vigor no ha sufrido variaciones. El imperialismo eclesiástico prosigue su vieja política, confundido o aglomerado con los nacionalismo español y francés.

Las más recientes medidas adoptadas por la Jerarquía indican claramente que si evolución existe, ésta consiste en concesiones aparentes o limitadas, o en maniobras puramente tácticas. Todo ello no pone en entredicho el régimen colonial vigente y, en buena parte, lo refuerza, haciéndolo más artero y solapado.

Los principios de "apolitismo", "neutralidad" e "independencia" con que pretende cubrirse el nuevo titular de la diócesis de San Sebastián no sólo están ya por sí mismos en contradicción con la doctrina cristiana, de los orígenes de León XIII y Juan XXIII, y con la naturaleza histórica de la Iglesia, sino que constituyen, en la presente situación, el más gastado camuflaje de la intervención social y política contra el pueblo. En Euzkadi La Jerarquía es independiente de éste y de su política, pero dependiente y partícipe de la política de opresión, del colonialismo. La Iglesia participa en la presente estructura social, en la dominación de clase, en la opresión cultural, en el nacionalismo genocida, en la explotación de los trabajadores. Menosprecia el sentimiento, los deseos, las exigencias del pueblo y de los trabajadores, pero cubre de atenciones, y explicaciones a los capitalistas, los caciques políticos, las "autoridades" colonialistas. Se aviene con la imposición de cargos eclesiásticos por el poder civil opresor, pero niega al pueblo el más legítimo derecho de opinión y control sobre ellos, la más limitada resistencia a tales abusos. Censura -siempre por razones de "neutralidad" política- la difusión y comentario de las encíclicas sociales, silencia la voz del clero vasco, es decir, en cuanto en la Iglesia enlaza con el pueblo, con los trabajadores, pero se suelta a los P.P. Marcos, Pérez de Urbel y tantos otros que, según parece "no hacen política" dentro y fuera de los locales eclesiásticos. Autoriza a los unos la calumnia y la difamación públicas, cuando niega a los otros toda posibilidad de defensa, de declaración, de testimonio... ¿Para que seguir?

Si tal política y tales medidas son "independientes y apolíticas" como pretende el Ilmo. Sr. Obispo de San Sebastián, hemos de reconocer que se trata de la independencia más dependiente y el apoliticismo más falangista que hemos visto en la vida. Creer que el pueblo vasco va a comulgar con tales ruedas de molino es creerse que ésto es el Congo de los "buenos" tiempos.

¡Bonito panorama para la que algunos veían como diócesis "piloto" de la "nueva" política eclesiástica para Euzkadi! Lo apuntado señala el tipo de "evolución" política eclesiástica que podemos esperar en el conjunto de nuestros problemas sociales y, dentro de él, en la cuestión colonial.

Es de señalar, que los intentos "reformistas" más o menos estratégicos o demagógicos que acabamos de referirnos no se refieren en modo alguno al territorio vasco situado al Norte de la frontera separatista del Bidasoa. En él, sumida en dulce inmovilismo, la Jerarquía prosigue sin alteración de fondo ni apariencia su vieja política colonialista, garantizada por una perfecta compenetración con el nacionalismo francés de la tan denigrada República "laica". Una vez más, la reciente predicación de la "Misión" llamada "de la Côte Basque" ha venido a confirmarlo. En la organización y desarrollo de ésta se ha prescindido por completo de la realidad del Pueblo Vasco, se ha evitado -a pesar de las pretensiones "sociales" con que se ha lanzado la Misión- toda aplicación de las enseñanzas de la Iglesia a los trabajadores y pueblos vascos. En suma, tales "piadosos" actos han sido fundamentalmente una operación de camuflaje de la realidad colonial, un esfuerzo más en el proceso

de destrucción de la personalidad vasca por el nacionalismo francés, un curso de adoctrinamiento al servicio del colonialismo en general. Lo que no hace al fin y al cabo sino continuar la labor constante de la predicación ordinaria. El nombramiento de nuevo obispo para nuestra diócesis vasca de Bayona, donde se ha mostrado el más abierto desprecio por el deseo unánime y expreso del pueblo vasco (clero incluido) de tener un prelado vasco, refuerza la evidencia de que ni por razones tácticas se piensa aplicar en ella el principio del clero indígena.

Para la política eclesiástica, Euzkadi constituye un pueblo, una raza, una cultura de categoría inferior, al que se niega el respeto a que tienen reconocido derecho los cada vez más numerosos grupos humanos, blancos, negros o amarillos que hoy "cuentan" para la Iglesia. Los derechos, los valores religiosos y humanos se dejan de lado en lo que se refiere a nosotros para dejar sitio a la discriminación racial y cultural más consecuenta.

La Iglesia persiste así en jugar, donde puede, la vieja carta colonialista, cuyas desastrosas consecuencias para su potencia política y para el porvenir del Cristianismo en tantos países oprimidos son incalculables. Obstinar en creer que lo ocurrido en Africa o Asia no ocurrirá en otras partes es una actitud que desgraciadamente no puede sorprendernos, viniendo de quien viene.

En estos momentos en que el mundo avanza hacia la solidaridad y la unidad libre e internacional de los trabajadores de todos los países, sostener a toda costa y hasta el fin la separación colonialista, nacional e internacional, entre los hombres, es un empeño que revela la contextura moral e intelectual de quienes lo persiguen.

Fuera de nuestro País, la Iglesia se esfuerza por incorporar los valores de solidaridad y respeto de la persona humana inseparables de la descolonización. Es en nuestro País y otros como él donde puede mostrar su sinceridad. No en China.

Quienes esperan que bajo los continuos ataques del imperialismo civil o clerical, impresionados por su guerra de propaganda o sobornados por miserables migajas de nuestros derechos, los trabajadores y el pueblo vasco renunciaremos total o parcialmente a nuestra dignidad nacional, a nuestra dignidad de hombres y de trabajadores, nos desconocen por completo.

En la cuestión nacional, hay algo sobre lo que jamás transigiremos: el derecho de Euzkadi a la libertad, a la unidad. Con ello defendemos los derechos y la dignidad de los trabajadores, del Pueblo Vasco, de la humanidad, que son según ha confirmado el Papa Juan XXIII. valores e intereses de la religión católica. Contra los que los atacan y destruyen, los trabajadores, los vascos, los cristianos están y estarán, pues, siempre, como trabajadores, como vascos y como cristianos.

En definitiva, ésto es lo fundamental, lo decisivo. Ante cada nuevo ataque, ante cada nueva humillación, debemos acrecentar nuestra capacidad de resistencia en todos los órdenes, acrecentar nuestra cohesión y potencialidad frente a los colonialistas, los separatistas, los opresores de todo género.

La tarea es dura, larga, difícil. Pero el porvenir es del pueblo, del internacionalismo puro. El triunfo de la libertad y la unidad de Euzkadi forman parte de él.